

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península una peseta al mes, o 10 pesetas al trimestre.
Extranjero, 7'50 pesetas al trimestre.
Comunicados a precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo.

SABADO 6 DE ABRIL DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

RESUCITEMOS

Roto el paréntesis en la lucha que las circunstancias nos imponían, volvemos de nuevo al combate, confortados con la esperanza de que no han de ser inútiles los esfuerzos que hagamos para desterrar de nuestra querida tierra los males que desde hace muchísimo tiempo vienen pesando sobre ella, esterilizando energías dignas de aprovechamiento y encumbrando sobre el pavés a nulidades, cuyo mérito estriba en la constante exhibición y en la más infecunda parlaría.

Las esperanzas que abrigábamos de que desapareciese de una vez la funesta plaga del caciquismo, van disminuyendo de día en día y juzgamos que triunfará de nuevo en toda la línea, lo cual no nos sorprenderá, ciertamente, pues a ello estamos condenados mientras no resucite con invencibles energías el espíritu público, del cual abusan a capricho nuestros gobernantes, cuyas glorias se cifran en imponerse al país por medio del cacique, el eterno resorte de los eternos partidos que se suceden en el turno pacífico de la "Gaceta", sin que la tranquilidad, el progreso y el bienestar público les deban nada, o si llegan a deberles algo, es tan poco, que casi no merece la pena de recordarlo.

Hace muy poco tiempo alababa un periódico muy leído a los caciques, cuando se daba este nombre a ciertas personalidades que empleaban su poderosa influencia en beneficiar al país en que dominaban; pero estas personalidades abundan tan poco que no merecen ser tomadas en cuenta. Pasemos revista a los que con determinados recursos manejan en todo lo que directa o indirectamente atañe a su feudo, y no habrá ninguno que juzgue merecedor de alabanza al caciquismo: ninguno de los caciques que soportamos pacientemente, con resignación de bestia cansada, atendiéndole a otra cosa que a su medro personal, olvidándose del todo del país sobre el cual vive como la sanguiuuela sobre la carne enferma del paciente, y atento solo a la bienestar y fortuna de sus parciales.

Hay que luchar incansablemente, sin desmayar un instante, con energías de desesperado contra el común enemigo que vuelve a erguirse con la insolencia de los triunfadores que no perdonan humillación a los vencidos, a sabiendas de que nada pueden contra su poder sin límites; debemos destrozarnos los tentáculos de ese monstruo que nos ahoga en hercúleo abrazo, con la esperanza de que luego no podrá revolverse contra nosotros, desapareciendo su poder para siempre.

Procuremos que el país pience por cuenta propia y no mire por los ojos de esos parásitos de la política, no piense con el estrecho molde a que le ciñen el pensamiento los papeles

que se dicen órganos de la opinión y en realidad viven solo para paliar los desafueros, las iniquidades de tal o cual ídolo de barro que los presenta como escudo y los esgrime como arma de combate en las ocasiones difíciles.

El día que todos se convenzan del deber que tenemos todos de luchar sin descanso en pro de la prosperidad de esta patria chica, llevaremos andada no pequeña parte de la senda que estamos obligados a recorrer y habrá ganado mucho en importancia el hombre, al cual tratan ahora con visible menosprecio quienes miran en él un instrumento, obligado a la obediencia más pasiva, a la esclavitud más repugnante.

La empresa es de empeño, porque los pigmeos encumbrados defenderán a la desesperada el pedestal que los soporta; la lucha será larga, costosa, pero al fin miraremos vencedores a los que no desmayen y tengan la suficiente confianza en su esfuerzo para no declararse vencidos sin lucha, o cuando sufran algún revés de no mucha importancia para el resultado final de la empresa.

Nadie como la prensa para contribuir al mejor resultado de la lucha y para la prensa será la mayor parte de las reconvenientes si no realiza la redentora misión que le está encomendada: la de resucitar el espíritu público, que hoy no parece por parte alguna y que diríase no existe en ninguno. Unamos nuestras fuerzas y a luchar sin desmayo, para que entonemos en día próximo el anhelado ¡Resurrexit!

¡Resucitemos!

DE MADRID A MURCIA

El día de hoy

Hoy es un día por su solemnidad y significación enteramente perdido para la política.

Los centros oficiales y los círculos venen completamente desiertos, no cotizándose en absoluto ninguna noticia.

La noticia del día ha sido la enfermedad de Sagasta.

Circulan versiones estupendas.

Noticias de origen ministerial dan cuenta de que la salud del jefe del gobierno está muy quebrantada.

Se dice que los médicos aconsejarán a la familia del Sr. Sagasta y a éste que se retire de la vida de la política.

El jefe de los liberales está muy viejo y no tiene fuerzas para soportar los trabajos que exige el gobierno de la nación. Según estos mismos informes se celebrará consejo de familia para aconsejar a Sagasta se retire a la vida privada.

Inútil es decir lo que estas noticias se han comentado.

Los ministeriales niegan veracidad a estos rumores, y aseguran que su jefe tiene fuerzas para seguir al frente del gobierno.

En los círculos políticos, a falta de otros asuntos, se fantasea mucho sobre este tema y se hizo infinidad de cálculos.

Señaron nombres para la sucesión de la jefatura del partido liberal, y se llegó a las más inverosímiles hipótesis.

Las elecciones

Nada se sabe en definitiva de la fecha en que puedan celebrarse las elecciones.

Los ministeriales dicen que aunque se ha hablado como es natural de este asunto, nada se ha dicho de la fecha, la cual no se fijará hasta que se trate en

Consejo y plantee la cuestión el señor Sagasta.

Desde luego parece muy probable que las elecciones de diputados se verifiquen el domingo 19 de Mayo, y al siguiente la de senadores, para abrir las Cortes en la primera quincena de Junio.

Comentarios

Coméntase que por temor a alteraciones del orden hayan sido prohibidas las procesiones de Semana Santa en Barcelona, Castellón, Granada y otros puntos.

«El Español» ataca a los fusionistas, y dice que éstos halagaron las pasiones insensatas.

Gamazo

El diputado por Medina se encuentra algo mejor, si bien no ha desaparecido la gravedad.

Aumentan las esperanzas de los médicos en una pronta y franca convalecencia.

De Barcelona

Noticias oficiales de la capital del Principado acusan que sigue la agitación de los elementos perturbadores, y con este motivo se han adoptado precauciones en los templos, y ha suspendido la autoridad las procesiones anunciadas.

5 de Abril de 1901.

Rápida

La prensa detalla minuciosamente el escándalo ocurrido en una iglesia de Alicante, donde las intemperancias de un émulo del inolvidable «Fray Gerundio», ocasionaron horrible tumulto.

Librepensadores, militares y «gerundistas» anduvieron a la greña, dilucidando a cachete limpio el mayor ó menor fundamento de las acusaciones lanzadas desde el pulpito por un jesuita, educado tal vez en el patio de Monipodio; convirtiéndose, con tal motivo, la casa de Dios en refugio de gallos, donde los golpes y las injurias sustituyeron ventajosamente, a juicio del causante de la sarracina, a la palabra de Dios y al rumor de los cánticos religiosos. El hecho se presta a buen golpe de comentarios y los harán sin duda, creyentes y no creyentes, sintiendo los unos la profanación del templo y regocijándose los otros de que trabaje en favor suyo quien debiera combatirlos con razonamientos, no apelando a recursos reprobados y que bien se están en las plazuelas, para servicio de escandalosas comedras. Para escandalizar grandemente, para darnos de puñadas, ya tenemos la plaza de toros.

SURREXIT, NON EST HIC

(SAN MARCOS, XVI, 6.)

Si la pavorosa catástrofe del Gólgota produjo alteración honda y sensible en el mundo físico, con menoscabo de las leyes naturales, invariables y ordenadas, la Resurrección de Jesucristo produce otro trastorno semejante; si la muerte del Salvador conmovió de espanto al universo, la resurrección le conmueve de júbilo; si el sol anticipó el ocaso cuando el Hijo del Hombre, al inclinar la cabeza, entregó su espíritu, también anticipó el oriente al descubrir los ángeles la losa del sepulcro en el instante supremo de la resurrección.

La muerte del Nazareno, al decir de San Gregorio, revela amor; la resurrección, poder; y ante la grandeza y el imperio del poder y del amor, no es extraño que temblase la tierra y con la tierra el corazón y la conciencia de los hombres porque la magnitud de ese amor y ese poder constituye la manifestación más espléndida y contundente de la divinidad, bien notoria en Jesucristo, por tratarse del único Hombre cuya vida fue predicha centenares de años antes de su nacimiento.

El mundo conocía y esperaba la venida del Mesías por las palabras de los

Profetas y las acciones de los Patriarcas, cuya vida, según San Agustín fue toda profecía.

La doble substancia del primer hombre en la unidad del ser simbolizaba la doble naturaleza de Cristo en la unidad de persona; Abel su inocencia, Moisés su nacimiento, Abraham su resolución, Isaac su sacrificio, Noé su ministerio, Melchisedech su sacerdocio, Jacob su fecundidad, José su exaltación, Job su paciencia, David su persecución, Salomón su autoridad, Sansón su muerte, Jonás su resurrección.

El Mesías predicho tenía que venir y vino a salvar lo que perecía.

La justicia de Dios, inexorable, necesitaba para aplacarse los méritos de la pasión y muerte de su Unigénito; por eso, apurado el cáliz del dolor hasta las heces, maltratado su cuerpo por el tormento, escarnecida su autoridad por la bafa, consumado en suma el sacrificio, muere el verdadero Rey de los judíos, pero impetuosa la muerte para retenerle, como impotente el universo para circunscribirle, resucita, y satisfecha la Divina Justicia, se abren de par en par las puertas de la gloria para los justos de ultratumba y para los hombres de buena voluntad, que creyeron en Jesús al Salvador esperado, que confesaron sus doctrinas, que se instruyeron en sus enseñanzas y que imploraron, arrepentidos, misericordia; y claro está que, a la muerte cruel y denigrante del Redentor, tenía que preceder la resurrección triunfal y gloriosa.

Lo había dicho el Nazareno a sus discípulos: «Como Jonás, después de haber pasado tres días y tres noches en el vientre de la ballena, salió de ella vivo, así el Hijo del Hombre, después de haber pasado tres días y tres noches en el seno de la tierra, saldrá de ella resucitado.» Mil años antes lo anunció también por profecía en la esperanza, porque Dios no dejará mi alma en los lugares subterráneos y preservará el cuerpo de su Mesías de la corrupción del sepulcro... «Dormiré con toda seguridad el sueño de la muerte, pero resucitaré, porque mi humanidad ha sido unida a la divinidad...» «Mi carne volverá a florecer.»

La muerte, al separar el alma del cuerpo de Jesucristo, no separó el alma ni el cuerpo de la divinidad, a la que toda la humanidad se hallaba hipostáticamente unida; por esta razón, su cuerpo como unido al Verbo, el principio absoluto de la inmortalidad y de la vida.

Todas las profecías se cumplieron: Cristo era el Hijo de Dios, y redimido el mundo con su pasión y con su muerte, tenía que volver y volvió en cuerpo y alma al seno de Dios, donde había salido.

La escena fue terrible: el estupor subyugó la inteligencia del testigo; el espanto, la serenidad y aquellas tinieblas de luto que envolvían la redondez del planeta se trocaron bien pronto en aureolas de luz y cantos de alegría.

Roto el presinto del sepulcro, afianzado con el sello de la Sinagoga y del Imperio, surge la Resurrección, y los centinelas, cuya misión era impedir que los discípulos del Nazareno robaran su cuerpo, caen en tierra absortos, adormecidos, espantados por la magnificencia del espectáculo y por el contraste del silencio de la muerte con el bullicio de armonías y de hosannas con que la Naturaleza celebraba el triunfo de la divinidad en la Resurrección de Jesucristo.

Los sacerdotes y príncipes del pueblo pretendieron contener con promesas, halagos y dinero las afirmaciones auténticas de los testigos presenciales.

Supieron los Apostoles que el Maestro volvería a verles en las montañas de Galilea por lo que el Ángel de la Resurrección reveló a las santas mujeres y allí fueron en seguida para atestiguar a la posteridad la evidencia del prodigio.

Cristo Jesús había resucitado según predijo por su propia boca y la de sus Profetas luego; era ciertamente el Hijo de Dios, el rey de Judá, el Redentor del humano linaje. No cabe prueba más elocuente de la divinidad; le vieron morir, le vieron enterrado, le han visto después

en las alturas, flotando entre nubes de incenso; estaba enfermizo y padece y se hizo imposible, era pesado y opaco y se transformó en ligero y transparente.

El hombre, bajo el punto de vista meramente humano, entrega a la tierra los tributos todos de su condición, por alta que ésta sea, y en la tierra se convierte; Dios, en el sepulcro, manifiesta la omnipotencia de su divinidad, y resucita.

Aquellas notas esenciales y características de humildad, resignación, paciencia, sufrimientos y amargura que diferenciaron al Crucificado de sus verdugos y también de sus discípulos, tenía que patentizarse más y se patentizaron al día tercero de su muerte; porque muere el hombre, y como recuerdo perdurable de su peregrinación por el mundo, nunca falta la afección del pariente, la gratitud del amigo, el amor de la caridad, para escribir sobre su tumba esa sentencia inextinguible que a todos nos espera: HIC YACET, aquí reposa; pero muera el Hijo de Dios, el que es, según sus propias palabras, la resurrección y la vida, y la voz de un ángel, dirigida a las mujeres fuertes del Evangelio, a las amigas inseparables de la Virgen, a las tres Marías: María, Salomé y Cleofax, al frente de numeroso núcleo de escogidos, esculpe sobre la dura pena de su sepulcro, el epitafio más portentoso que presenciaron los siglos: Surrexit, non est hic. No está aquí, ha resucitado.

Bernardino de Melgar
Marqués de Benavides.

PAGINAS DE LA HISTORIA

En Urbino (Italia), el 6 de Abril de 1483, vio la luz primera Rafael Sanzio, el autor insigne de «La Madonna», de San Sixto, de la «Transfiguración», de «La Escuela de Atenas», y de otras obras que además de haber inmortalizado el nombre de quien las creó, acrecientan su gloria y la admiración que producen a medida que ante ellas pasan años y generaciones.

Rafael Sanzio, 6 de Urbino, que es como más vulgarmente se le conoce, era hijo de un modesto pintor italiano, quien alentando las inclinaciones que su hijo reveló desde muy tierna edad, dióle las primeras lecciones de dibujo, y cuando llegó a dominar este con alguna perfección llevóle a la escuela del «Perugino», de la que salió Rafael a los pocos años convertido en un artista genial y completo y con fama de pintor inspirado, justo en el color y de acertado y seguro dibujo, la cual él se encargó, animado por la admiración que sus obras producían de agrandar.

La delicadeza, naturalidad y gracia que sabía imprimir a todas sus obras, siendo muy joven cuando apenas contaba dieciocho años de edad, proporcionóle triunfos y honores en abundancia; mas en lugar de enorgullecerse y marcar su gloria su mucha fortuna, como generalmente suele acontecer, sí vivió solamente para cobrar alientos y proseguir animoso y entusiasmado la senda a que sus inclinaciones le habían conducido, y aunque su existencia fue muy corta—falleció a los 37 años de edad el 7 de Abril de 1520—según algunos biógrafos, a consecuencia de la vida desordenada que hizo y de la pasión que en él produjo su amante la hermosa Fonarina, vivió lo suficiente para ocupar preferente puesto entre los más grandes artistas que en su época brillaron en todo el mundo civilizado y para al morir pisar a la inmortalidad.

El número de obras que produjo en su

